AÑII HABANA, 2 DE MAYO DE 1903 NUM. 43

Los tr dores no tienen órgano en ensa cubana. Periódic ñoles, periódicos cubanos, dicos republicanos, peri demócratas y periódicos fin, de todos los matices p os y religiosos; sólo son *li ó rameras* que se ocupan de lustre, adular ó lloriquear caballeros de la política, fe del Estado ó bien á los funcionarios del país.

¡TIERRA!

PERIODICO SEMANAL

Registrado en Correos como correspondencia de segunda clase

¡Tierra!, sostenido y redactado por obreros, es el que se afana por derramar luz entre el pueblo trabajador.

Los obreros, pues, debemos sentir un profundo asco y desprecio por toda esa prensa venal corrompida, favoreciendo á los periódicos obreros que hablan en nombre del verdadero pueblo y en nombre del derecho de los que sufrimos la tiranía política y la esclavitud económica.

Núm suelto: 2 centavos REDACCION Y ADMINISTRACION: MONTE, 284 Suscripción á domicilio: 3 cts.

La frsa parlamentaria

De en las muchas aberraciones impuestas á la ciedad por la avaricia de unos y la candi de otros, ninguna más funesta ni que te mayores energías á la causa del proleriado que la farsa de la política. Millares hombres derrochan sus energías en los peódicos, en los clubs, en las plazas y ca s conquistando votos para tal ó cual candato que á la postre resulta no correspor á las aspiraciones de los que lo elevan.

Cada d surgen nuevos poladines parlamentario que se proponen «levantar al país de postración en que lo ha sumido la poca hrradez de sus gobernantes.» Y es de notar to: en el período electoral todos los solicittes de votos son honradísimos, van á las ámaras á defender la moral pública y administrativa, y sin embargo, desde que ha representantes y senadores nunca han faado los robos, las sucias maquinaciones líticas, las leyes á beneficio de quienes ls dictan y todo el cortejo de inmoralidads que contemplamos á diario.

Para el ndividuo que logra emanciparse del medio mbiente llamado *sentido común*, la p ca es una farsa que degrada la especie ana.

Así lo h manifestado (sin ser anarquistas) los ma grandes pensadores de la humanidad. no puede ser de otra manera. Un año transcurrido desde que tenemos Parlamer y cada día vamos de mal en peor. Y poquísimo que ha conseguido el obrero ha obtenido marchando contra la polític en las huelgas y luchando siempre contr l capital y las autoridades.

¿Y cóm se puede esperar que hombres que no es en contacto con el obrero, que no viven s miserias, que no soportan el frío, ni el mbre, ni el cansancio, vayan á resolver la cuestión económica con unas cuantas ley s, que por lo demás, la burguesía se enc ga de burlar cuando no son de su conveni cia?

Si no es osible que dos individuos piensen en abso nto de acuerdo, ¿cómo se pretende que n hombre, por estar colocado en un sillón de la Cámara, pueda interpretar los sen mientos y las necesidades de miles y mil de electores?

¿Y qué ede hacer, no ya un representante, sin dos los de la República, contra el bu és propietario de una fábrica? De seguro e no podrá quitarle sus dineros, sus máqu s, para darlas al trabajador. ¿Dictará u ley fijando el salario mínimo? El patrón acatará, pero aumentando á cada obrer as horas de su jornada diaria; y así se ríe l legislador y de su ley. ¿Fijará una jor ada máxima? Entonces el capitalista rec rgará la tarea de cada operario, ó adqui irá máquinas perfeccionadas que reemplac en al hombre, subirá sus productos... y todo quedará como antes: el obrero misera ble, el burgués enriqueciéndose y el flam ante representante reposando tranquilament e, creyendo haber resuelto todos los prob lemas con su famosa ley *socialista* de protec ción al trabajo.

Lo que cons igue el obrero con estos enjuagues de la política es elevar á unos cuantos que v an á hacer su negocio con los dineros públicos y que votan leyes en beneficio del que las paga. Consigue también perder su tiempo en luchas estériles, esperándolo todo del representante, reduciéndose él á la más denigrante inactividad para todo lo que no sea el partido ó el candidato. Además, en sus reivindicaciones se quedará siempre á medio camino, escuchando en todo la palabra de calma del representante que en el mantenimiento del orden actual encuentra su bienestar presente y su opulencia futura.

El obrero que cree en la política estará siempre esperando la ley panacea que lo redima; la abundancia prometida por todos los candidatos y que nunca llega ni puede llegar. Porque, ¿qué ley pueden dictar las Cámaras que de veras beneficie al pueblo? El mal es principalmente económico; esta es la base de toda emancipación del obrero; por lo tanto, la única ley aceptable sería aquella que aboliera al burgués, ley que no dictará ninguna Cámara, porque sería abolirse á sí mismas. Las mejoras que se pretende poder introducir con las leyes, tendrán efecto si el burgués lo quiere, en cuyo caso está de más la ley, y en otros casos se suprime un mal trayendo otro peor.

En cambio, veamos otro medio de lucha. La clase obrera, convencida de lo injusto de su miserable situación, se decide á luchar por sus derechos, empezando por fundar federaciones gremiales de resistencia. Llega el momento oportuno: se exige al patrón un aumento de salario, poniéndole en la disyuntiva de cerrar la fábrica ó acceder á lo pedido. Si todo un gremio es federado, se paraliza completamente la producción en un mismo día, y ya tenemos al burgués orgulloso, al burlador de la ley, concediendo lo que tan extraparlamentariamente se le pide. Y si se quiere hacer competencia con las máquinas, ó se las despedaza ó se impone al proletariado la condición de no emplearlas.

Y este medio de lucha es lógico y no puede dar malos resultados. Nadie conoce mejor las necesidades que el mismo que las siente, entonces es natural que sea él quien luche por satisfacerlas. El representante, en el caso que fuera sincero, estaría siempre expuesto á equivocaciones; el obrero no; el representante, como no siente la miseria, luchará hasta donde no se comprometa; el trabajador jugará el todo por el todo hasta conseguir lo que él estima que es necesario para su vida. Y así, y no de otro modo, tienen que ser las cosas.

Y basta de esperar al gobernante capaz de dirigirnos honradamente, porque hace ya tiempo que se le espera (desde que existen las Cámaras) y es seguro que no vendrá hasta la consumación de los siglos.

Demos al traste con la política, y armémonos para la huelga. Y así, además de tener un arma poderosa contra nuestros opresores, conseguiremos cerrar la puerta á tanto ambicioso que busca en los puestos públicos un modo de enriquecerse con los dineros ajenos.

El género humano durará siempre, la patria debe acabar.—Diderot.

La educación de la mujer

En todas las clases de la sociedad, la educación de la mujer se halla en el más lamentable estado.

Tomando como tipo en la sociedad actual el hombre prudente, hallaremos que, como compañera de su vida, busca una mujer apta para las alegrías y las penas de la vida, capaz de criar los hijos y dispuesta para hacer agradable un hogar y amable una familia.

Prescindimos de otro orden de consideraciones respecto del hombre; basta para nuestro fin un neutro de la masa regularmente equilibrado.

Pues el ideal de ese neutro, de ese equilibrado, de ese prudente, es absolutamente imposible, porque la mujer en general carece de las cualidades esenciales de la mujer; hay mujeres de carne y hueso, sí, pero no compañeras de pensamiento, ni de sentimientos educados, ni de pasiones humanas dignas del estado actual de la evolución progresiva de la humanidad. Falta de toda instrucción, la madre, en las pláticas diarias, ha cuidado meticulosamente de no enseñar á su hija más que los capítulos acce sorios del amor, y si se ha intrincado algo en asuntos matrimoniales, lo ha hecho siempre con mil rodeos para no tocar á lo deshonesto, ni más ni menos que si cuanto se refiere á las funciones eminentemente superiores de la naturaleza, como lo son las de la reproducción y conservación de las especies, llevasen consigo una mancha vergonzosa.

La madre no sabe más, no puede más, y al hacer eso, que es tan malo, cree la pobre que hace mucho bueno, y en hacerlo bien á su manera pone toda la riqueza y toda la poesía de la pasión femenil.

La culpa de ello está en la tradición religiosa y en la dominación masculina, que la tienen sugeta á la tontería genesiaca de Adán y Eva y á la brutalidad jurídica de la sumisión al marido.

Resulta, pues, que la joven se ignora: bien sabe ella que una mujer tiene algo más que manos y cara, que es lo que lícitamente puede enseñar en público, y lo sabe, más que porque puede verse á sus solas, porque la sangre circula á veces en las venas con oleadas de fuego, si no se lo ha indicado una amiga viciosa ó un enamorado impaciente, pero ¿qué sabe ella de fisiología, de sociología, de historia, de ideales humanos, ni de todo eso de que entre bostezos de fastidio oye á veces hablar á los hombres en su presencia? Denla una murmuración picante, una novela sensible y que pueda estar al tanto de «lo que se lleva,» ó variaciones sobre esos temas con mezclas de fiestas, consejas y supersticiones, y queda satisfecha *su alma*. Por tanto, su educación acerca de lo esencial á su sexo ha de hacérsela ella misma, á la casualidad de las circunstancias del medio, del carácter y del temperamento, privada de utilizar la riqueza de solidaridad intelectual que pone al alcance de los hombres el caudal de conocimientos de las generaciones.

El matrimonio, se le ha dicho, es la unión de los sexos; es el permiso de ostentar la preñez en público y de tener hijos. Sin ese

permiso que da un célibe en latín que nadie entiende ó un funcionario á quien nada importa, será deshonrada, se convertirá la mujer en ludibrio de cuantos la conocen, y padre, madre, hermanos y amigos la despreciarán como causante de enorme deshonra colectiva; con dicho permiso, pasará de cándida y virginal doncella á casta y respetable matrona, si su marido tiene, por la explotación, la usura ó la renta heredada, una posición *decente;* ¡que si es pobre!...

Por otra parte, la instrucción, á pesar de las preocupaciones de la clase burguesa, no equivale á la educación; entre esos dos términos hay la diferencia de una evolución. La educación es un grado normal y permanente de la inteligencia, consecuencia de una formación característica, en tanto que la instrucción es un conjunto de conocimientos más ó menos adaptados, amontonados en una memoria y que sólo tienen una relación indirecta con las otras facultades del individuo.

La joven tomada como tipo en una clase social cualquiera, sólo conocerá el amor por las novelas, si sabe leer, ó por la murmuración; pero ignorará su propio organismo, y en su ignorancia únicamente supersticiones y prejuicios formarán su bagaje intelectual, que es cuanto puede ofrecer á su marido en las horas de reposo, cuando éste quiera descansar de sus fatigas ordinarias; y en el hogar, en vez de aquellas conversaciones dulces y expresivas en que el amor trata de interesar la inteligencia, encontrará siempre indiferencia ó testarudez misoneísta.

Vendrán después los hijos, y esa mujer será su primera maestra, y las primeras impresiones que se gravarán en sus tiernos cerebros serán errores, supersticiones y maldades, siendo su misma madre, que se siente capaz de dar su vida por la felicidad de cada uno de sus hijos, la causa más inmediata y directa en todas y cada una de sus futuras penas. Y así va tirando esta sociedad con rémoras y más rémoras, y la indicada no es de las más flojas, por la vía progresiva, convertida siempre para el progresivo, para el revolucionario, para el precursor, en una especie de *via crucis*.

Mujeres: una mujer os habla. Ya que tanto os retiene el misticismo cristiano, á él recurro, por esta vez, para sugeriros una lección severa: Jesús, el que perdonó á la adúltera, dirigió un día á su madre esta dura expresión:—¡Mujer! ¿qué hay de común entre tú y yo? mi madre y mis hermanos son los que me siguen. Pues si quieres evitarte ese doloroso bochorno, adelántate á tu hijo, á tu marido, á tu hermano, á tu padre, que van hoy á la libertad, á la igualdad, á la justicia para todos y para todas; instrúyete por amor, y con amor, gratitud y entusiasmo serás recompensada.

EVA.

El célebre proceso

«Las penas de unos son alegrías para otros.» El proceso de la huelga acaba de celebrizar al archimorrocotudo Fiscal señor Manuel Vías

Este caballerito en sus conclusiones provisionales es tan modesto como humano, y pide para algunos de los compañeros que en la cárcel gimen hasta catorce años de prisión.

Lo dicho, en Cuba hay quienes se empeñan en representar una comedia análoga á la que tuvo efecto en las mazmorras de Montjuich.

El 30 del pasado mes fueron puestos en libertad provisional, con obligación de presentarse cada ocho días ante la Sala 1ª de lo Criminal, el compañero Arturo Juvanet y el señor Luis Karakadze.

También fueron puestos en libertad bajo fianza los señores Agustín Cervantes y Pedro H. Sotolongo, así como nuestro compañero Manuel Martínez Abello.

Por falta de espacio nos concretamos hoy á esta simple nota.

La acción política es corruptora

Al ver, en proximidad de las elecciones, que algunos elementos obreros—por fortuna poco numerosos—empezaban á agitarse con fines ambiciosos, no pudimos resistir de indicar al pueblo ó á la clase obrera, á la cual de manera especial se dirige esta publicación, que no se dejase llevar por derroteros equivocados. Esto no debía agradar á los redactores del periódico *¡Alerta!* y tampoao al *Memorándum Tipográfico*. El primero, vulgarmente, con lenguaje de prostituta, se dirige á nosotros, sin discutir nuestros argumentos, pretendiendo insinuar que somos españoles, contrarios á Cuba, vendidos á los burgueses españoles aquí residentes; el segundo, desde su punto de vista, ha tratado el tema con más altura.

Con *¡Alerta!* no seguiríamos la polémica. Los honores que prodiga la prensa burguesa á la Liga, de la cual es órgano dicho periódico, nos haría despreciarlo; la propaganda política de algunos de sus redactores, en unión de uno de los partidos burgueses aquí constituídos, sería suficiente para que comprendiéramos que bajo el manto del obrero tenemos á unos satélites de la burguesía. Acaso dejaríamos también de ocuparnos de lo que el *Memorándum Tipográfico* dice; pero el tema es muy interesante y de actualidad entre nosotros.

Para examinar si una cosa cualquiera es buena ó mala, justa ó injusta, provechosa ó no, hay dos métodos: la deducción lógica y la experiencia. Por la deducción lógica nosotros observamos las causas y deducimos los efectos; por la experiencia sabemos lo que ha sucedido en casos parecidos, análogos. Estos dos métodos de observación de los fenómenos sociales, si sabemos aplicarlos, nos demostrarán, en el caso especial que tratamos, la verdad.

Los obreros todos forman una clase social que tiene en su más alta finalidad idénticos intereses; estos intereses ó derechos pueden condensarse en dos: el derecho á la vida y el derecho á la libertad verdadera, que es el derecho de autonomía personal. La sociedad presente niega y conculca estos dos sagradísimos derechos. La sociedad presente, por consiguiente, se mueve en una esfera aparte, distinta, contraria á los intereses de los trabajadores.

Toda acción política positiva no puede servir sino para reforzar las instituciones. El absurdo más grande es suponer que por medio de una ley, por ejemplo, se pueda llegar á la abolición de la propiedad privada y del Estado, porque en este caso la ley serviría para transformar la sociedad, ó sea para negarse á sí misma, pues la ley *siempre* tiene por efecto una coacción y por tanto necesita la acción del Estado, y sirve para mantener un privilegio, primero entre todos: la propiedad privada.

Todos los tratadistas de Derecho Político afirman que la ley tiene su razón de ser en las costumbres, en los usos, en los hábitos, en las creencias del tiempo en que se dicta; ahora, suponer que los obreros, dictando leyes, pueden beneficiar á su clase, es suponer que dentro del privilegio que representa la propiedad capitalista pueda un desheredado encontrar fortuna, es suponer que estamos satisfechos y contentos de que una minoría de hombres de dinero tenga todos los derechos, mientras que nosotros tengamos uno de estos dos deberes: ó morir de hambre ó envejecer trabajando siempre para aumentar el capital de aquella minoría.

Si esto admiten los redactores de *¡Alerta!* y del *Memorándum*, que le haga buen provecho su esclavitud económica.

No; el trabajador, al redactar una ley, no puede hacerlo para bien de su clase, pues la naturaleza misma de los poderes públicos no puede serle sino contraria.

La prueba de lo exacto de nuestros razonamientos nos la dan los hechos. Muchos partidos obreros han ido á las urnas y hasta han tenido sus miembros en el Gobierno; ¿qué han hecho? En Francia h tenido dos ministros; pues bien, durant tiempo que éstos gobernaron, los mism dolores, las mismas penas sufrieron lo breros. Aquellos dos ministros vieron fus á huelguistas hambrientos, vieron mori obreros sin trabajo en las calles de París upieron que muchos niños se morían de s en las casas húmedas. ¿Qué hicieron? ¡! ¿Qué hicieron? Banquetear, ir á todos l estines, á todas las comilonas diplomáti , sentir todos los placeres, gozar de su co ción de ministros. El proletariado franc que los elevó á aquellos cargos siguió su do sangre en las fábricas y en los tallere

¡Cuántos ejemplos de engaño políticos podríamos traer á estas columna ero, ¿es acaso necesario? ¿No saben los abajadores de Cuba que todos los partid políticos se dirigen á los obreros en tiempo elecciones y después más nunca se a rdan de ellos? En la misma Liga Genera e Trabajadores, ¿no hay un diputado obr , no hay excompañeros de trabajo que h son empleados porque hacen propagan á favor de un partido político burgués? quí mismo la acción corruptora de la po ca va haciendo estragos entre algunos, q á no ser por ella, se hubiesen mantenido nrados.

Por estas y por muchas otras zones somos contrarios á la acción po ca en un sentido positivo. Mientras tant infamias mantiene la sociedad presente, ha que pensar únicamente en destruir est nfamias. O se piensa así ó se traiciona á obreros. Este es un axioma. Lo hemos v o mil veces; seguir creyendo en la bond le la política de gobierno es llamarse á año.

Si hay obreros que quieren es ular, como en una Bolsa, que especulen ien para ellos, que la fortuna los favorez . Pero la masa, la gran masa honrada deb ntenderlo, entenderlo de una vez, que s que le prometen el mayor de los bienes r medio de las urnas, que le hablan del recho de los ciudadanos, etc., desean so mente el bien propio y ellos solos quieren los ciudadanos, y por añadidura ciuda nos bien alimentados. La salvación obr ó mejor dicho, la salvación humana está otro procedimiento: en el que nos da de ho á seguir la infamia secular de los ric y de los poderosos.

Sin epígrafe

En su último número, y con el tulo que encabeza estas líneas, publica *Boletín Obrero*, de Tampa, el siguiente tículo, el cual reproducimos por creerlo actualidad en los presentes momentos:

En el número cuarenta y uno de ¡T RA! hemos tenido el gusto de ver reproducido uelto que, titulado *Tontería ó mala fe*, dedicába s á comentar la conducta de ciertos *obreros* p Cárdenas que por la prensa se propusieron mbatir la proposicien de huelga general hech or los dignos trabajadores de Batabanó, á o o de libertar á los compañeros que se hallan riendo prisión, no porque sean autores de ún delito, sino porque las autoridades, despu que pusieron de relieve su cobardía escondi dose cada una en el más oscuro rincón de su re pectiva oficina, quieren hacer una hombrada ara demostrar al mundo en general y á sus *fla res* en particular, que en Cuba hay un gobiern fuerte, que es capaz de castigar con mano dura los desdichados que se atrevan á alterar el eposo y la sosegada digestión de las compañías trangeras; un gobierno *enérgico* que tiene la su iense entereza para maltratar á los débiles, la medrosa debilidad de mostrarse sumiso en presencia de cualquier gerente de esos *trusts* que han tomado la isla por asalto, para despojarla e toda su riqueza y dejar á los cubanos como di en que quedó el gallo de Morón.

El colega está en lo cierto en la i terpretación que ha dado á nuestro pequeño esc ito. Hemos visto en la proposición de los obrer s de Batabanó toda la abnegación y toda la gr ndeza del altruísmo solidario que debe predom inar en el corazón de las colectividades obreras.

En esa proposición palpita y resa ta la sublime idea de que hay que acudir en auxil io del compañero que sufre persecución injus a, del amigo que exhala ayes de dolor á consecu encia del bár-

baro tormento que le aplica el implacable enemigo; y no seríamos obreros, y no seríamos hombres de conciencia recta, si no aplaudiéramos desde el fondo del alma el espíritu sustancial de esa hermosa tendencia, que eleva el nivel moral de aquellos trabajadores algunos codos por encima de los convencionalismos raquíticos de particulares y egoístas intereses.

La huelga podrá llevarse á cabo ó no. Podrá hacerse ó no hacerse, según el estado de la conciencia popular; según la consistencia de las organizaciones obreras; según convenga ó no convenga por el momento á los intereses de los trabajadores cubanos; pero lo que no puede negarse, lo que está fuera de los límites de la duda, es, que si la clase trabajadora quiere que se la respete, tiene que hacerse respetar por la fuerza aplastante de su número y por la enérgica trascendencia de sus resoluciones.

Las clases explotadoras no temen ni respetan al pueblo sino cuando éste se levanta imponente y agresivo. Se ríen de todos los movimientos de carácter legal y de las huelgas insolidarias, porque saben que unos y otras llevan en sí mismos los gérmenes de las derrotas.

Hay, pues, que tender á la generalización de las huelgas, si se quiere que la burguesía cambie la risa por el llanto, si se desea que el pueblo trabajador sea respetado en el ejercicio de sus derechos de clase, para que desligado de toda mezcla perniciosa y libre de toda cortapisa, pueda laborar en el sentido de su anunciada legítima emancipación.

Pero esas huelgas dilatadas deben ser conscientes (valga la frase), deben ser realizadas cuando el pueblo sepa lo que quiere y á donde va; y en el fondo, deben tener carácter agresivo, pues únicamente así se podrá obtener de ellas el provecho á que se aspire.

Un movimiento de carácter totalmente pacífico, no preocupa á los poderes públicos ni á los capitalistas; porque, ó se desvanece como el humo antes de las setenta y dos horas, ó será deshecho por las fuerzas del gobierno para restablecer la normalidad á toletazos, á tiros y á sablazos. Y un gobierno que no haga esto, no será tal gobierno.

Así, pues, en toda paralización de carácter general, hay que tener muy en cuenta que, si ella no se deshace de *motu propio*, los que la mantengan serán agredidos brutalmente por los genízaros encargados de mantener el orden público y el principio de autoridad. Si al ser atacado, el pueblo se halla cándidamente desprevenido, los esbirros lo destrozarán impunemente y á mansalva. Pero si por el contrario ha ido á la lucha dispuesto á repeler la agresión con la agresión, la fuerza con la fuerza; si á ello se le incita y se le provoca, hará sentir su justificado furor causando estragos en las filas de la mercenaria soldadesca y graves daños á la explotadora burguesía; y entonces la lección será provechosa aunque la huelga se pierda, puesto que el enemigo recordará con terror la fecha de esa jornada y lo pensará mucho antes de provocar otra semejante.

***

Cuanto á la pregunta que se nos dirige respecto á si *El Reconcentrado habrá comido merengue*, sólo diremos que nos admira la extrañeza de ¡TIERRA!

¿No es *El Reconcentrado* un periódico político? ¿Qué tiene de particular su volubilidad en los asuntos obreros?

Puede ser que no lo haya *comido* todavía, pero seguramenee lo comerá.

Los libelistas políticos, llámanse Desmolins, Girardin, González Bravo, Rivero ó Reyneri, todos son cortados con una misma tijera, aunque cada tira salga de diferente tamaño.

Los unos gritan ahuecando la voz, hasta que logran que se les entregue el timón de la rica nave del Estado; otros chillan desaforadamente hasta que logran una canongía en alguna gran empresa ó algún departamento de la República; y los otros, más modestos, alborotan sin descanso hasta que sus congéneres de alto rango les ofrecen un pozuelo de chocolate ó un platico de merengue.

Después de conseguido el objeto presupuestivo-estomacal, «si te he visto no me acuerdo» y si me apuran te pego.

M. F.

Los comentarios que los haga *El Reconcentrado*.

Correspondencia administrativa

Santiago de Cuba. José M. González. Recibí $4 oro americano. Aumento paquete. —*Cruces.* M. P. Recibí $5 oro americano. Gira á Administrador de ¡TIERRA!

Convicciones y no fanatismo

Sostenemos una enérgica y razonada campaña contra el actual estado de cosas, y muy especialmente contra las causas originarias de estado tan caótico como antihumano. Impelidos por una necesidad real y positiva nos esforzamos en investigar, desapasionada y lógicamente, el por qué de la anormalidad imperante, y llegamos á persuadirnos de que ésta obedece á la desigualdad social y económica, creada y sostenida por el sentimiento egoísta y vanidoso que caracteriza á la presente sociedad. Y conociendo el mal que nos aniquila, es natural que busquemos el remedio indispensable y tratemos de darle su justa aplicación.

No somos fanáticos, pues no defendemos opiniones erradas ni nos caracteriza el furor ó las preocupaciones ilógicas del fanático; y si en los actos de nuestra vida se apercibe la tenacidad para la lucha, hay que tener en cuenta que esta tenacidad se manifiesta en la investigación de la verdad, en la propalación del bien, del amor, y en la proclamación de la libertad é igualdad para la humana especie.

Perseguimos el convencimiento; y cuando se manifiesta en nuestro entendimiento ese efecto que produce y determina la comprobación evidente de la verdad, nos sentimos más fuertes, más capaces para bregar sin tregua ni descanso hasta sepultar entre sus propias ruinas, de una vez y para siempre, al carcomido é infecto principio de autoridad que nos corroe.

Somos combatidos por aquellos que no han llegado á compenetrarse de la razón que tenemos al afirmar que es necesario é indispensable la total transformación del orden social, el advenimiento de la sociedad apetecida, en la que no existirán las supremacías de unos hombres sobre otros.

También nos combaten incesantemente los que se esfuerzan en sostener todo cuanto signifique farsa, poder ó fraude.

Algunos nos llaman decididos partidarios de la eversión, y nos califican de locos y criminales, nos niegan capacidad y *autoridad* suficientes para señalarles sus porquerías y miserias, usan para con nosotros un lenguaje soez, digno de los que lo emplean.

Nuestra propaganda en pro de la completa emancipación del proletariado hace muy mal efecto á toda esa caterva de aspirantes á vivir á costa del trabajador. Esa falanje de embaucadores que, conociendo que nos asiste la razón, se empeñan en negarla y en conducir al pueblo por la senda del vicio y la corrupción, á fin de perpetuar nuestra esclavitud y mantener su *modus vivendi*, se convierten en delatores de *intenciones* y *complots* que sólo radican en sus perturbados cerebros y que con siniestro propósito atribuyen á los amantes de la verdadera libertad.

Combatimos con honradez, exponemos razones, y nos responden con el dicterio; tratan de flagelarnos con la calumnia, y sólo logran emporcarse con su propia baba aquellos que nos llaman incultos y perniciosos.

Los ministeriables son los que con más encarnizamiento nos atacan: todo lo mixtifican, dan torcidas interpretaciones á nuestras manifestaciones más claras y simples, todo lo falsean, la adulteración les apasiona y les promete un porvenir gubernativo. Nada les importa á esos pseudo-defensores del obrero falsear la verdad, mixtificar los hechos y alterar las más insignificantes palabras pronunciadas por sus víctimas; se esfuerzan en conducir al pueblo por el tortuoso camino que marca el comercio llamado política, y esto lo hacen con el *sano* propósito de recoger el fruto de su trabajo honroso.

Nosotros aceptamos la polémica, oral ó escrita, pero la polémica honrada; aceptamos la exposición de ideas, con objeto de oponer las unas á las otras y hacer que brote de la discusión la luz de la verdad.

Lo que no aceptamos ni aceptaremos nunca es la contienda brutal y oprobiosa, esa contienda que sólo sirve para envilecer á los contendientes y atrofiar el buen sentido de las masas.

Por deber, por convicción, nos vemos precisados á llamar las cosas por su nombre é impugnar todo cuanto en nuestro entender creamos que pueda dificultar el adelanto del desheredado. Combatimos y combatiremos, por inmoral, injusto y perjudicial, todo cuanto represente ó sea opresión, tiranía, ficción ó farsa.

Estamos convencidos de que el ideal que sustentamos es justo, humano y realizable; queremos la dignificación del oprimido, pero no la subyugación del opresor. Combatimos las causas, y procuramos su destrucción para que no se manifiesten sus efectos. No sería justo el aspirar á una sociedad de miserables hambrientos; por eso queremos que el esclavo se emancipe, que disfrute de las comodidades que el avance progresivo de la humanidad proporciona y proporcionará al hombre. En pocas palabras: queremos que desaparezca la propiedad individual y el principio de autoridad, pues estamos persuadidos de que mientras ambas cosas subsistan habrá ricos y pobres, esclavos y esclavistas. Queremos una sociedad de hombres libres, en la que no se conozca la miseria, en la que la igualdad económica-social determine la relativa felicidad de los humanos.

Somos convencidos y no fanáticos.

ARTURO JUVANET.

Un rico pobre

Hubo un hombre, que habiéndose acostado, no pudo dormir en toda la noche.

Pensaba:

—¿Por qué la vida es tan penosa para los pobres? ¿Y por qué los ricos acumulan tanto dinero? Tienen cajas llenas de oro, y sin embargo, prívanse de todo para seguir amontonando. Si yo fuera rico no viviría de igual modo: daríame buena vida, y procuraría que no fuese peor la de los demás.

De pronto oyó una voz que le decía:

—¿Quieres ser rico? He aquí una bolsa; no hay en ella más que un escudo, pero en cuanto le saques, otro le reemplazará. Saca todos los escudos que quieras, y en seguida echa la bolsa al río. Mas antes de echar al río la bolsa no gastes ninguno de los escudos, porque el resto se te volverán piedras.

El pobre hombre estaba loco de alegría. Cuando se sintió algo más tranquilo, cuidóse del regalo.

Y apenas había sacado un escudo cuando en el fondo de la bolsa vió que surgía otro.

—¡La felicidad es mía!—murmuró.—Toda la noche pasaré sacando escudos y mañana seré rico. Mañana echaré la bolsa al agua y desde entonces viviré cómodamente.

Pero llegada la mañana, cambió de parecer.

—Si quiero tener doble que esto—se dijo, —con estar un día más ante mi bolsa lo tendré.

Y también pasó aquel día extrayendo escudos. Al siguiente, más, al otro más. No podía decidirse á dejar la bolsa.

En esto sintió hambre, y entonces recordó que sólo disponía de algún que otro pedazo de pan negro.

Ir á comprar otra cosa era imposible, porque en el momento su dinero convertiríase en piedras. Hubiera querido comer, pero de ningún modo separarse de su bolsa. Comió, pues, el desgraciado, de aquel pan negro duro; luego continuó sacando oro.

Ni aun por las noches descansaba.

Pasó de esta manera una semana, un mes, un año.

¿Quién se hubiera contentado teniendo cierta cantidad? ¡Todo el mundo quiere acaparar lo más que pueda!

El hombre aquel hace una vida de mendigo, ha olvidado que deseó vivir para su placer y el de sus semejantes.

De vez en cuando toma una gran resolu-

ción: aproxímase al río para arrojar la bolsa al agua; pero se arrepiente y se retira al punto. Hoy está viejo, amarillento como su oro, mas no puede cesar en su tarea.

Y así muere, pobre, sentado sobre un banco y con la bolsa entre las manos.

León Tolstoy.

Colonia Barataria

Sugiéreme á la idea estas palabras: que el hombre obra á impulso de la necesidad ó de las circunstancias; y pruébanlo, con hechos palmarios, todos los acontecimientos que se suceden en los distintos órdenes de la vida y la sociedad.

Uno que come, como ya ha satisfecho su estómago, cree que todos han hecho lo mismo y que esta necesidad no la siente ya ningún otro sér; si tiene desnudez y ha logrado hacerse de trajes con que abrigarse, cree que á todos sucede otro tanto, que puede cubrir las necesidades más perentorias y que le puede quedar un sobrante que le permita gastar algún lujo superfluo, creyendo hasta cierto punto que el que tal no hace es un sér inferior, y así sucesivamente, dado que la generalidad humana vive, en su inmensa mayoría, en un sentir y pensar muy liviano, sin profundizar las cosas y su valor, ni de las circunstancias que puedan concurrir en aquel sér que se moteja, y hasta tal vez se crea que es despreciable, sea un sér de valor superior por su inteligencia é instrucción, por su iniciativa y discernimiento, en cuyo cerebro se encierren pasiones ó talentos muy útiles, no sólo para la sociedad en que vive, sino también para la humanidad en general.

Recuérdame el epígrafe que lleva estas líneas al compañero Sandalio Romaelle, incansable propagandista del socialismo científico, cuando en su cerebro forjó la idea de crear una colonia en la que desterraba el uso de la moneda y establecía el librecambio, donde todos trabajaran y gozaran de los mismos derechos porque todos cumplirían sus deberes, buscando por este medio matar la ambición del poder y de la acumulación en determinadas manos de los productos colectivos en que habían todos contribuído á su producción y desde luego debe de tenerse derecho á su usufructo con la equidad que determina la justicia en las cosas cuando todos colectivamente han contribuído á la realización de una obra.

¡Oh, sagrado pensamiento! ¡Si algún día se realizara, cuán feliz sería la humanidad! Comparando el pensamiento del compañero y amigo (este trabajo sólo tiene por objeto el dedicarle este recuerdo como digna compensación á su firmeza), comparando la liviandad de muchos y la injusticia de la sociedad presente en sus disquisiciones politicastras y gubernamentales, en que, erigidos en señores por la *voluntad* del pueblo, le agotan, le desprecian, no teniendo en poco ni en mucho sus tristezas, sus angustias, sus necesidades; en fin, teniendo que revelarse como leve gemido que lacera su alma. ¡Oh, santa justicia, qué distante estás!

F. Aguilar.

Hambre y fango

I

En un paseo, parque público de la H...., sentada en uno de los bancos que para comodidad del transeunte se han colocado acá y allá, bajo los árboles, estaba la baronesa de R..., esposa del opulento banquero Solano, entretenida con la punta de la sombrilla en trazar sobre la arena, á sus pies, la palabra «Love.»

No á gran distancia, un niño como de unos seis ó siete años jugaba con un perrito, al cual quería obligar á que comiera unas almendras azucaradas que iba sacando del bolsillo de su marinera y llevándolas á los hocicos del perro.

Seguramente que ya el niño estaba hastiado de aquellos dulces y el perro también estaría harto de la abundante ración que recibiera antes de salir de casa, y por estas razones aquellas golosinas viajaban del bolsillo al hocico y de allí al suelo.

Este niño era hijo de la baronesa. Madre é hijo vestían á la altura descompasada de la estricta moda; pudiendo afirmar, sin equivocarnos gran cosa, que aquella indumentaria elegante y costosa que les adornaba su exterior representaba un valor de más de $2,000, pues sólo los brillantes que portaba en sus dedos, la mamá, debieran costar unos $1,500.

El banquero, su esposo, paseábase allí cerca con un alto personaje de la política y empleado en el Gobierno: ambos demostraban gran interés en el asunto que trataban.

Una mujer pobre, muy pobre según su apariencia, delgada y pálida, demostrando la anemia que la consumía, de ojos humanos y rostro interesante de joven, roto su desteñido vestido, semicalzados sus pies pequeños, embutidos dentro de unos viejos chanclos que debió recojer en algún basurero, deteniéndose á cada paso, y llevando de la mano á un niño de unos cuatro ó cinco años, anémico también por la falta de nutrición, envuelto entre harapos que no se demuestran ya, si fueran traje en algún tiempo ó si deshechos de algún fergón, descalzo, descubierta la cabeza, que aunque diminuta va pesada sobre los enjutos hombros.

Acercándose á la elegante dama, «señora, le dice, ¡por Dios una limosna, hace dos días que no comemos bocado alguno este hijo de mi alma ni yo!» Esto dicho con voz humilde, débil y cansada que termina en un sollozo, y una lágrima rueda de sus ojos por la mejilla.

El niño de la infeliz pobre mujer, impulsado por el hambre desesperante que sufre, se lanza sobre algunas almendras de las que despreciadas por el perro ve sobre la arena.

—¡Atrevido! grita la baronesa, ¿cómo, ¡ladrón!, cojes esas almendras que son del niño para jugar con *Jack*? ¡suéltalas!

—René, mi vida, no vayas á cojer en tus manos esas almendras, después que las ha manoseado ese asqueroso.

—¿Qué sucede Loló, qué te pasa hija? Dice el banquero que llega con su amigo precipitadamente por la voz alterada de la dama.

—¡Ay, Solano! ¡ay, señor de M.! no salgo más de casa si así se me ha de abandonar á merced de cualquier vagabundo; sola y exponiendo mi hijo á contagiarse con las enfermedades que traen consigo estos muchachos sucios y asquerosos. Mira, ahora si no estoy al tanto, tal vez el niño hubiera cogido y quizás llevado á la boca, como inocente que es, esas almendras que el pillete ese le ha casi arrebatado de las manos.

—¡Cómo! ¿Se ha atrevido el insolente estropófago á asaltar á nuestro hijo? Mañana he de pedir al Presidente que haga pasar un decreto prohibiendo la entrada en los lugares públicos á todo individuo que no esté aseado ó que sea sospechoso y que ofenda á la moral.

—Tiene usted razón señor Solano; y yo lo he de apoyar á usted, porque he presenciado lo inicuo que acaba de acontecer; el mal rato que ha sufrido su señora, y esto no debe, no puede tolerarse.

—¿Y cree usted, señor de M., que el Presidente y el Ejecutivo tomen esto en consideración?

—Si que lo tomará, dice el banquero, anticipándose al señor M. Y más ahora que la oportunidad se me brinda para tratar el asunto mañana mismo que voy á ver al Presidente, porque hemos quedado mi amigo el señor Secretario y yo en que por $10,000 se me concedería la autorización para plantar la electricidad por todas las calles de la ciudad. Pero te encargo la reserva de esto, porque no conviene se divulgue.

—Hombre, se acerca un guardia. ¡Oiga, guardia! ¿cómo permiten ustedes esta mujer andrajosa y ese ladrón de chiquelo que viene con ella, andar por aquí confundiéndose con las personas decentes y molestándonos con sus atrevimientos?

El policía, gorra en mano, antes de abrir el *pico*, ofrece mil excusas al grupo de afortunados, mirando con insolente desprecio al otro grupo de desafortunados, y dice que varias veces ha requerido á esa gente que pedía limosna por allí, pero que ahora, ya cansado, las haría salir á puntapiés. Coje del brazo á la desventurada pordiosera y tirando de ella como pudiera hacerlo con un saco de basuras: «Vaya usted *pa* fuera, ya le he dicho que se *alargue* á otro *lao*, *jaragana*, con tanta ropa que hay *po ai* que lavar y pidiendo, y otras cosas más que se *puen* hacer.»

Cruel, cobarde y miserable es el atropello del fuerte contra el débil, pero más que eso aun, ruin, bajo é incalificable es ese acto ejercido por la autoridad que se dice que es la representación del pueblo.

El policía á empujones, hace salir de aquel lugar á la infeliz mujer, lanzándola fuera del parque, y como viera que el pobrecito niño no anduviese de prisa á salir tras la madre, por dolerle al pisar las piedras del suelo sus descalzos y lastimados piececitos, le empuja también: "anda, te haces el cojo, canallita,» le dice.

Desgraciadamente el niño flaquea y el impulso brusco del empujón lo hace caer sobre las lozas del sardinel, recibiendo un tremendo golpe que le hiere la cabeza, saliéndole á bortboones la poca sangre que guardan sus venas.

J. G. Elías.

(*Continuará.*)

Desde Cruces

Compañeros de ¡Tierra!

Salud.

Sírvanse darle publicidad á la carta que le he mandado al periódico *¡Alerta!*, ó mejor dicho, adormidera ó engañador de los trabajadores.

Os desea salud y Revolución Social.

Matías Palenque.

Señor director del periódico *¡Alerta!*

Cuando los compañeros González y García regresaron de la Habana, me habló este último diciéndome que al preguntarle los del periódico *¡Alerta!* á quién podrían dirigir el citado periódico, me nombró á mí. Yo, que siempre estoy dispuesto á hacer toda clase de sacrificios por la causa obrera, no puse objeción y acepté, creyendo se trataba de un adalid de la verdadera causa obrera. El primer número no estaba del todo malo, y yo hablé á varios para ver si se suscribían; dos me dieron palabra y les llevé el número pasado, mas al llevarles el último que llegó, no sólo no lo quisieron recibir y me devolvieron el anterior, sino que me dijeron que no les hablara más de papeles de esa índole; que cuando querían leer periódicos políticos, ahí tenían *La Lucha* y otros que eran más sinceros, puesto que claramente les decían que ellos sólo bregaban por satisfacer las exigencias de sus propios estómagos, pero nunca, á título de obreros, buscar taimadamente escalera para trepar á donde se puedan satisfacer también las exigencias de sus estómagos que no pueden obtener con el trabajo, que es penoso, y para ellos, haraganes de profesión, mucho menos.

Y yo digo que no es honrado el que se expresa como el autor del artículo del periódico, que es un miserable que está ejecutando una obra suicida y fratricida dentro del campo obrero. Nosotros no podemos esperar nada de la política, porque ya sabemos lo que da: miserias, podredumbre y crímenes; los trabajadores lo palpamos así diariamente.

El citado escritor debe ser algún esbirro de don Tomás, como ayer lo habrá sido de don Valeriano, pues de los servidores de éste se rodea aquél, y ya palpamos la grandiosa obra de miseria y tiranía á que nos lleva, como lo hubiera hecho el anterior; y digo que debe ser algún esbirro de don Tomás, porque la denuncia polocíaca que hace sólo un taimado servidor de esa clase es capaz de realizar.

Termino ésta lamentando sobremanera que los que se dicen trabajadores sean los asesinos de sus propios hermanos, rogándole, señor director, no me mande más periódicos porque nadie los quiere en ese sentido, aquí no cuela.

Su afftmo.,

Matías Palenque.

Cruces, 27 de Abril de 1903.

Imp. LA NACIONAL, Mercaderes 14.
Fábrica de Sellos de Goma.